



PLATONOV POR EVTUCHENKO

Evtuchenko nos descubre en este trabajo a un novelista cuya obra ha sido injustamente ignorada, aunque en ocasiones su talento literario mereciera el entusiasmo de otros escritores, como Hemingway, Gorki y Shólojov. Con el título de una novela corta, «Dzhan», clave en la obra de Platónov, publica Alianza 3 cinco narraciones. Primer libro en castellano del novelista ruso.

ANDREI Platónov, que nos mira desde una de sus últimas fotografías, parece un cansado obrero ruso. No tiene ni un rasgo de afectación, ni un indicio de lo que se suele llamar «temperamento artístico», ni profundidad monumental, ni «brillo de oráculo» en los ojos.

A los hombres con una cara como ésta no les gusta la elocuencia. Prefieren el estudio minucioso del intrincado mecanismo de la vida y, antes de creerse algo, necesitan palparlo con sus manos.

Es la cara de un obrero que piensa, la cara de un maestro.

La prosa que escribía Platónov tenía el mismo rostro.

Poco antes de empezar la segunda guerra mundial, **El tercer hijo**, un cuento del escritor ruso Andrei Platónov, casi desconocido en Europa, cayó en manos del ya famoso Ernest Hemingway. En una reunión con periodistas soviéticos, Hemingway habló con admiración del vigor y la expresividad del estilo de Platónov (no sabía que Platónov había escrito un brillante artículo sobre sus novelas **Tener y no tener** y **Adiós a las armas**). Para su vergüenza, ninguno de los periodistas soviéticos que participaban en la reunión conocía la obra de su compatriota. En vida, Platónov no fue mimado por la fama ni en su país ni fuera de él. Perteneció al grupo de escritores de efecto retardado, cuyo talento es como una mecha de quema lenta que tiene una longitud de muchos años. Esta mecha arde invisible pero persistente, permaneciendo seca incluso bajo la lluvia del tiempo, hasta que por fin una luz cegadora destruye los puentes que parecían contruidos para la eternidad.

Gorki se fijó en el talento de Platónov. Fadáyev y Shólojov, que gozaban de reconocimiento crítico oficial y tenían un amplio círculo de lectores, admiraron su talento a pesar de sus diferencias con la trayectoria de Platónov. Vieron claramente que lejos del centro del escenario artístico, inundado de luz, ardía un candil sereno, pero constante, de un maestro notable. Y los dos avanzaron, sombrero en mano, hacia ese candil independiente, or-

gulloso, alejado de las luces de escena.

El destino de Platónov fue distinto al de ellos, y mientras estos escritores se encontraban en el centro de la atención pública, Platónov no pasó de sus bordes.

La literatura de cualquier pueblo es como una gran ciudad. Solamente el espectador superficial juzga una ciudad por sus famosas avenidas y plazas públicas, amablemente anunciadas por las agencias turísticas. Para los antiguos moradores y los visitantes curiosos, la ciudad se descubre frecuentemente en los suburbios, donde no llegan los autocares de turistas.

Allí, lejos del ruido y de la congestión del centro, se puede percibir la calidad permanente de la ciudad. Las afueras revelan el verdadero sentido del centro mucho más que el centro en las afueras. La vida tosca y triste de los suburbios siempre es más abierta, más reveladora que los monumentos o los edificios altos de acero y cristal.

Así era la calle de Andrei Platónov en la ciudad de la literatura rusa. Es como las calles de su infancia.

Platonov escribió sobre sí mismo:

Nací en 1899 en un poblado que se llamaba Yamskaya. Hace diez años había poca diferencia entre Yamskaya y una aldea. Me gustaba el campo hasta llorar, aunque no lo había vuelto a ver desde que tuve doce años. En Yamskaya había empalizadas de ramas, huertos y espacios libres cubiertos de bardanas, chozas en lugar de casas, gallinas, zapateros y gran cantidad de campesinos avanzando por el camino de Zadonsk. La campana de la iglesia era la única música del pueblo; por las tardes, los viejos, los mendigos y yo la escuchábamos con un profundo sentimiento. Los días de fiesta, hasta los menos importantes, se organizaban batallas encarnizadas con Chizhevka o Troitskaya, también arrabales alejados. Es una especie de éxtasis de violencia, los hombres se batían a muerte hasta que alguien gritaba: «¡Alre!». Esto significaba que alguien había recibido un golpe en el corazón o en el hígado, y que estaría temblando de pies a cabeza, blanco y moribundo, hasta que el tumulto no dejara sitio a su alrededor, dando paso al viento y al fresco. Entonces continuaba la batalla.

... Aprendí a leer en la escuela. Después empecé a trabajar. Trabajé en muchos lugares y para muchos jefes. En una época en casa éramos diez, y yo era el hijo mayor: el único que trabajaba además de mi padre. Mi padre era obrero metalista y no podía alimentar una horda semejante. He olvidado decir que, además de los campos, mi madre y el sonido de las campanas, también amaba —y cuanto más vivo más amo— las máquinas de vapor, los coches, los silbidos agudos y el trabajo duro. Entonces creía que todo estaba hecho por el hombre y que nada venía por sí mismo; durante mucho tiempo pensé que los niños se hacían en alguna parte en una fábrica, en lugar de nacer de los vientres de sus madres (...).

Esto lo escribió Platónov en una carta a uno de los editores de su primer libro de poesía, **Azul profundidad** que se publicó en Krasnodar en 1922 en una edición de 800 ejemplares. Era una colección francamente mediocre, y el talento poético de Platónov se veía con mucha más claridad en los pequeños fragmentos de prosa, citados en la introducción, que en los propios poemas.

Es evidente que él mismo lo comprendió y abandonó la prosa con ritmo poético para escribir una prosa que era una especie de poesía sin ritmo. Algunos escritores no prestan bastante atención a la palabra; para ellos lo más importante es exponer su propósito sin ocuparse de lo torpe y descuidada que resulte esta exposición. Otros miman cada línea, la retocan una y otra vez. Solamente para pocos escritores, y entre ellos está Platónov, existe una confluencia orgánica entre la poesía de las palabras y el desarrollo psicológico de la narración.

No creía en el valor de la palabra en sí, pero al mismo tiempo era consciente de que un mensaje se transmite no solamente a través de la manipulación del tema, sino que también por medio de la manipulación de las palabras. De la misma manera que nos puede atraer la irregularidad característica del rostro de alguien a quien amamos, nos cautivan los errores admirablemente plásticos que cometía Platónov, violando las leyes del lenguaje refinado. No hay duda

de que Platónov haya creado un vocabulario propio, inspirado en el arte popular y la lengua viva de la gente sencilla (...).

Pero los resultados más sorprendentes los consiguió Platónov cuando mostró con arte la invasión loca de frases políticas y de palabras neoburocráticas en el habla de los campesinos.

Chepurny leyó que las autoridades soviéticas habían cedido a la burguesía todo el cielo interminable, equipado con estrellas y otros cuerpos celestes, necesarios para organizar la gloria eterna; en lo referente a la Tierra, a sus estructuras fundamentales y lo esencial para vivir, todo esto tenía que quedarse abajo, a cambio del cielo, totalmente en manos del proletariado y el campesinado trabajador. Al final de la proclama se establecía la fecha del Segundo Advenimiento, que llevaría a la burguesía, de una manera organizada y fácil, al mundo venidero.

Platónov no era un inventor de trucos verbales. Simplemente poseía un oído extraordinario y reunió en su prosa el lenguaje de la época: tosco, variopinto y exento de humor. Realmente, en aquella época había cosas que oír. Desde 1923 hasta 1927 trabajó como especialista en reclamaciones de tierra en varias provincias de la parte central de Rusia, donde pudo ver la terrible devastación y pobreza de una época cuando las cosas habían llegado a tal extremo que los hombres se comían unos a otros.

Platónov recibió la revolución con el corazón abierto, pero observó que en la práctica la construcción del socialismo no resultaba nada fácil. En algunos lugares el poder había caído en manos de personas que no sabían qué hacer con él. Por una parte, la Escala de la anarquía asustaba a Platónov; por otra estaba la Garibdis de la burocracia.

El futuro había que construirlo, pero, ¿a qué precio?

No es casual que en aquella época Platónov escribiera **Las esclusas de Epifania**, donde admiraba el genio organizador de Pedro el Grande y, al mismo tiempo, estaba horrorizado por sus métodos sangrientos. En **Chevengur**, novela de la cual se ha publicado solamente una parte: **Los orígenes del maestro**, Platónov describió simbólicamente el intento de construir el comunismo por unos campesinos pobres y casi analfabetos. Los campesinos echan a los terratenientes y, como consideran que ya han organizado una sociedad sin clases, esperan que el futuro venga solo. Pero el futuro no aparece y las casas empiezan a derrumbarse. «En aquellos días oscuros el comunismo de Chevengur en las estepas era indefenso, porque los hombres vencían el cansancio de la vida diaria con el poder del sueño y por un tiempo olvidaron aquello en que creían».

El idealista Chepurny y su compañero Kopenkin, soñando en la lejana revolucionaria Rosa Luxemburgo como en una Dulcinea del Tómboso, están sumidos en la desesperación porque no saben cómo vivir. Pero las mentes de los hombres son poderosas, no pueden estar restringidas ni siquiera por los límites de las más hermosas ilusiones sociales, y resulta que los



Andrei Platónov, una revelación.

hombres son incapaces de sobre- llevar una abnegación ascética, im- puesta en nombre de una idea. Los hombres no se someten fácilmente a la nivelación. Y surge la pre- gunta: ¿será necesario desperso- nalizar a los hombres? ¿Y si la fuerza del hombre reside preclsa- mente en esto, en que son diferen- tes? Naturalmente, si todos ellos se mantienen apartados, nunca po- drán hacer nada, pero, ¿y si fuera posible una sociedad donde los hombres son diferentes y al mismo tiempo se mantienen juntos?

El hombre avanza medio dormido, sin ver que por encima de él las estrellas brillan desde un cielo denso, desde un futuro eterno, pero ya accesible, des- de aquel orden tranquilo donde las es- trellas se mueven como camaradas: no tan alejadas como para olvidarse unas de otras, y no lo bastante cerca para mezclarse y perder sus dife- rencias...

Probablemente esta frase, más que ninguna, exprese las esperanzas de Platónov acerca del futuro. Aunque tenía mucho cuidado de no establecer ninguna regla sobre el futuro. Platónov creía en el movi- miento.

«¿A dónde vals?», preguntó el loco Shumilin.

«¿Quién? ¿Nosotros?», contestó un viejo que había empezado a encogerse por la desesperanza de su vida. «Va- mos adonde sea, hasta que no nos pa- reamos. Pueden darnos la vuelta y en- tonces regresaremos».

«No, es mejor ir hacia delante», les dijo Shumilin. Recordaba haber leído en la oficina un libro científico que

explicaba que la fuerza de gravedad, el peso del cuerpo y la vida misma se iban haciendo más pequeños con la velocidad. Debe de ser por eso que la gente que es desgraciada procura moverse lo más posible. Los vagabundos y los peregrinos rusos caminaban incesantemente, porque el peso del espíritu apenas disminuía en la marcha.

Sin embargo, Platónov no creía en el movimiento gratuito. Desconfiaba de los reformadores poco inteligentes, para quienes el prurito de cambiar la realidad es más im- portante que lo más valioso en el mundo: el ser humano como indivi- duio. Platónov sabía que detrás de la charla abstracta sobre el amor a la Humanidad puede escon- derse la indiferencia hacia el hombre en lo concreto. Y para él la Humanidad siempre era concreta.

El rostro del hombre dormido no era especialmente bello; solamente los latidos del corazón, que se percibían en las venas de su cuello encogido, hacían pensar que era un hombre bueno, pobre y desdichado.

Frosia... cogió las manos del niño entre las suyas y se puso a admirar al músico: seguramente, este hombre era aquella Humanidad de la que Fedor le hablaba con palabras amorosas.

Por esta razón, Platónov preven- nía contra el apresuramiento en una época de ruptura social, cuando es posible no sólo destruir las barreras sociales, sino también las carezas de hombres inocentes.

Como una especie de respuesta al reto de las izquierdas, que lla-

maban a una revolución inmediata a escala mundial, Platónov sacó a relucir una cita de un libro imagi- nario, *Gente secundaria*, escrito por Nikolai Arsanov, que debía pu- blicarse en un futuro lejano:

Arsanov escribió que sólo la gente secundaria producía beneficios lentos, pero reales. La gente importante mete prisas a la vida y la agota, y la vida pierde lo que tenía antes. Los hom- bres empiezan a actuar demasiado tem- prano, sin entender muchas cosas. En la medida de lo posible, hay que re- ducir los actos de uno hasta el mínimo para poder liberar la parte contempla- tiva del espíritu. Contemplación signi- fica educación de uno mismo por me- dio de los acontecimientos desconoci- dos del entorno. Los hombres deben estudiar las realidades de la Naturale- za el mayor tiempo posible, para que puedan empezar a actuar tarde, pero sin errores, sólidamente, teniendo en las manos los instrumentos de una experiencia madura. Es preciso acordarse de que todas las desgracias de la so- ciedad provienen de jóvenes brillantes que irrumpen en ella. Si la Historia se dejara sola durante unos cincuenta años, todos podrían llegar, sin esfuer- zo alguno, a un bienestar maravilloso.

Es evidente que esta concepción contemporizadora y pasiva en nin- gún modo se puede identificar con la línea de Platónov; sin embargo, hay que recordar que él prefería la contemporización al sacrificio des- provisto de sentido. No concedía mucho valor a su propia persona, pero valoraba a cada hombre por separado. Tenía fe en el hombre como dueño de sí mismo por natu- raleza y de hecho, y consideraba que la belleza del hombre residía precisamente en esto.

«Conocía las máquinas y todas las cosas complicadas y poderosas que hacían, y medía la nobleza del hombre por ellas y no por la des- gracia accidental que el hombre pudiera causar». Al mismo tiempo, Platónov se daba cuenta de que el hombre que había conquistado las maravillas de la técnica a veces podía encontrarse desarmado ante la vida.

... de repente Zajar Pavlovich se sintió aburrido y avergonzado por el trabajo preciso de los relojes y trenes... La dulce nube de su amor por las má- quinas, en la que Zajar Pavlovich había vivido tranquilo y protegido, se había disipado por un golpe de viento puro, y delante de Zajar Pavlovich se descubrió la vida indefensa y solitaria de los hombres que viven desnudos, sin posibilidad de engañarse con la esperanza de una ayuda que viniera de las máquinas...

El desarrollo de la tecnología, comparado con el atraso de nuestra ética, le parecía a Platónov de una inmundicia desalentadora. Apreclaba al hombre por su dominio de la Naturaleza, pero también por sí mismo.

La complejidad de los problemas del mundo circundante convirtió a Platónov, que por naturaleza era un fino poeta lírico, en un escritor agudo, sumergido en la vida real. Nunca fue un defensor militante de la propiedad privada, pero la expan- sión brutal de la colectivización for- zosa, de cuyos peligros ya había hablado Lenin en su tiempo, no pudo dejar de movilizar a Platónov en defensa del hombre como crea- dor de la Tierra y de sus riquezas. Ya le habían criticado por el cuento *La duda de Makar* cuando escri- bió otro, *Provecho*, siguiendo la

ALIANZA EDITORIAL

EL LIBRO DE BOLSILLO

470
Samuel Beckett
Malone muere

*471
Norman Mackenzie
Sociedades secretas

**472
Poesía China:
del siglo XXII A. C. a
las canciones de la
Revolución Cultural
Selección, prólogo
y traducción
Marcela de Juan

**473
Sátiras políticas de
la España Moderna
Prólogo y selección
Teófanos Egido

***474
Andre Maurois
Lélia o la vida de
George Sand

475
Sigmund Freud
El yo y el ello

ALIANZA UNIVERSIDAD

51
Ramón Tamames
Historia de España
Alfaguara VII
La República.
La era de Franco

57
Carlo M. Cipolla
La decadencia
económica de
los imperios

58
Antonio Hernández Gil
y otros
Estructuralismo
y Derecho



EDITORIAL
CASTALIA

EDICIONES CRÍTICAS
EPISTOLARIO DE LEANDRO
FERNÁNDEZ DE MORATÍN

edición, introducción
y notas de René Andioc
Tamaño 24 x 17 cm.
712 págs. Telo: 1.500 pts.



LITERATURA
Y SOCIEDAD

EMILIO ALARCOS • MANUEL ALVAR
ANDRÉS AMORÓS • FRANCISCO
AYALA • MARIANO BAQUERO GOYA
NES • JOSÉ MANUEL BLECUA • CAR-
LOS BOUSÓN • EUGENIO DE BUS-
TOS • ALFREDO CARBALLO • HELIO
CARPINTERO • ELENA CATENA • PE-
DRO LAÍN • RAFAEL LAPESA • FER-
NANDO LÁZARO CARRETER • FRAN-
CISCO LÓPEZ ESTRADA • EDUARDO
MARTÍNEZ DE PIÑÓN • MARINA MA-
YORAL • GREGORIO SALVADOR • MA-
NUEL SECO • GONZALO SOBEJANO
Y ALONSO ZAMORA VICENTE

El
Comentario
de Textos

Segunda edición
Tamaño 11 x 18 cm. Rústica: 210 pts

clásicos *Castalia*

50/Francisco de Quevedo

*** LOS SUEÑOS**

Edición de Felipe C. R. Maldonado

51/Bartolomé de Torres Naharro

*** COMEDIAS**

Edición de D. W. McPheeters

52/Ramón Pérez de Ayala

***** TROTHERAS**

Y DANZADERAS

Edición de Andrés Amorós

53/José Martínez Ruiz, Azorín

*** DOÑA INES**

Edición de Elena Catena

Tamaño: 10,5 x 18 cm.

Sencillo: 80 pts

* intermedio: 100 pts

** doble: 120 pts

*** especial: 150 pts.

EDITORIAL
CASTALIA

Zurbano, 39 - Tel 734 85 81
MADRID-10

PLATONOV POR EVTUCHENKO

misma línea. **Provecho** se publicó en la revista *Krasnaya Nov* en 1931. Stalin era un lector atento de todas las revistas y su ojo observador no permitió que el cuento de Platónov pasara sin castigo. Más tarde, el propio Stalin hablaría de las «exageraciones» en el trabajo del campo; sin embargo, se reservaba celosamente el derecho de mencionar aquellos errores. Encima del cuento de Platónov, Stalin escribió con lápiz rojo: «¡Basura!».

La vida literaria de Platónov se hizo más difícil. Su prosa se publicaba muy rara vez, y vivía de pequeños artículos críticos. Intentó publicarlos en una edición separada, pero no lo consiguió. Gracias a la denuncia metódica de Platónov a cargo del crítico Yermilov (el mismo del que dijo Mayakovski en la carta que escribió antes de morir: «Siento no haberme peleado con Yermilov»), la edición ya preparada se perdió y los artículos desaparecieron.

Es sorprendente que Platónov no fuera detenido; quizá le ayudara su amistad personal con Fadáyev y Shólojov. Pero en 1938 su hijo Platón, de quince años, fue acusado de participar en una conspiración pretendidamente contrarrevolucionaria. Además, el niño escribía poesía y, según parece, lo hacía con gran habilidad. Fue condenado a diez años y le enviaron al Extremo Norte, a Norilsk. Platónov se consumió llamando en todas las puertas donde se podía llamar, pero no consiguió nada. Entonces escribió una carta a Stalin. Aquellos días llegó a Moscú Shólojov para interceder por unos parientes detenidos. Stalin le recibió, y, según se dice, Shólojov también le habló del hijo de Platónov. El chico volvió a casa en 1940, agotado y enfermo de tuberculosis, y al poco tiempo murió. Es admirable que Platónov no se replegara en sí mismo y no se convirtiera en un hombre amargado; por el contrario, siguió escribiendo y creó algunos de sus escritos más bellos, llenos de fe en la bondad humana, como **Fro, El tercer hijo** y otros.

¡Y ese era el hombre que llamaron «Basura»!

El apartamento de Tverskoi Bulvar, donde vivía Platónov, se encontraba al lado de la casa de Herzen. Cuando empezó la guerra, Platónov recibió un encargo de la Unión de Escritores: «Cuida la casa de Herzen». Platónov cumplió la orden con la escrupulosidad que le caracterizaba, y durante los bombardeos fascistas apagó dieciséis fuegos en el tejado de la casa. Después marchó a Ufa, y en el barullo de la evacuación el manuscrito de **Viaje en la Humanidad** se perdió irrecuperablemente. Platónov no se quedó escondido en la retaguardia. Empezó a trabajar como corresponsal de guerra en el periódico **Estrella Roja**, el más popular en el frente, escribiendo artículos y cuentos, ayudando con todas sus fuerzas a la victoria de su patria. Para Platónov esto no era una cuestión únicamente de patriotismo geográfico. Siempre odió el

fascismo y antes de la guerra lo expuso a la vergüenza despiadadamente en los cuentos **Un ángel voló en el aire de medianoche** y **El viento polvoriento**.

La guerra terminó. Podría parecer que Platónov había demostrado su amor a la patria, aunque, evidentemente, no tenía que probarlo. Sin duda alguna, esperaba que en su vida se produjeran grandes cambios. En aquella época ya se había publicado una colección de cuentos populares rusos, preparada por Platónov y bajo la protección del nombre de Shólojov, que era el editor. Desde 1929 hasta 1941, Platónov vio publicado solamente un pequeño libro suyo, en 1937.

Pero en 1946, después de la publicación de **El regreso**, la crítica de nuevo atacó a Platónov, y su nombre desapareció de las páginas de las revistas y periódicos. Cuando ahora releemos este cuento, cuesta trabajo comprender por qué fue atacado, siendo uno de los más irrefragables. Parece ser que fue por su tenebrosidad, por saborear morbosamente los aspectos más oscuros de la retaguardia en tiempos de guerra.

Platónov murió en 1951 como consecuencia de las heridas recibidas en las batallas por la liberación de Checoslovaquia. Dejó dos novelas sin publicar: **Chevengur** y **Kotlován**; nueve obras de teatro sin estrenar, nueve guiones de cine que nunca se filmaron y gran cantidad de cuentos, artículos y ensayos que nunca vieron la luz ni fueron recogidos en un libro.

Poco a poco la justicia ha empezado a rehabilitar públicamente su talento. Primero una revista y luego otra descubrieron y siguen descubriendo para los lectores escritos desconocidos de Platónov. Se han publicado cien mil ejemplares de una de sus ediciones. **Fro** ha servido de base para una película y se han escrito innumerables artículos entusiastas sobre Platónov. Puedo asegurar que en la URSS no existe lector educado que no conozca a Platónov, y ni un escritor vivo que no pague el tributo debido a su talento. Es cierto que hasta ahora no se ha conocido en el extranjero porque no ha habido ningún escándalo ruidoso alrededor de su nombre, y cierto tipo de críticos que se llaman «especialistas en literatura soviética» tienen debilidad precisamente por esta clase de autores.

Pero, repito, Platónov es un escritor de acción retardada, y es posible que la llama del cordón de seguridad haya llegado sólo a medio camino de la explosión. ¿Por qué ha sido relegado a segundo término durante toda su vida?

Porque toda la línea de su creatividad, que sigue la gran tradición rusa de «la defensa del hombre pequeño» y de «la culpa por todos», contradecía fundamentalmente la teoría staliniana, tan de moda entonces, del hombre como «tornillo en la máquina del Gobierno» y el proverbio que lo justifica todo: «Cuando se corta el bosque, vuel-

lan las astillas». Platónov amaba las locomotoras y sabía cómo había que tratar cada tornillo para que la máquina funcionara bien. Le interesaban los tornillos y los humanizaba; pero tratar a los hombres como tornillos le resultaba intolerable. Amaba los árboles y comprendía que cada uno de las pequeñas astillas que nace del hacha despiadada forma parte de la grandeza murmuradora del verde. Era consciente de que la teoría de sacrificar las astillas podía terminar con la destrucción de todo un bosque. Y aunque Platónov estaba dispuesto, como todos los hombres de buen carácter, a perdonar los tiempos por los golpes contra él, era incapaz de perdonar los golpes contra otros hombres, contra la Humanidad que tanto amó y por la cual vivió y escribió.

Es triste, claro está, que haya muerto tan pronto. Si hubiera vivido, hubiera visto que mucho ha cambiado para mejor en la vida de nuestro pueblo, aunque todavía estamos lejos de la perfección. Se habría alegrado de que nuestro pueblo ha vuelto a encontrarse con muchos nombres, injustamente calumniados.

Se habría alegrado de los vultros rusos en el cosmos, aunque es probable que nos habría recordado que todavía no todo está en orden en nuestra pecaminosa Tierra; después de todo, era principalmente un organizador de la buena explotación de los bienes terrestres.

Se habría alegrado del éxito de **El maestro** y **Margarita**, de Bulgákov, y habría celebrado la aparición en nuestra literatura de nombres como el de Aksionov, Kazakov, Solzhenitsin, Ajmadóvina, Voznesenski, Okudzhava, Chujontsev, Brodski y muchos otros, de la misma manera que se alegró al ver la primera novela de V. Nekrásov. En las trincheras de Stalingrado. Algunas cosas también le habrían disgustado y lo habría dicho abiertamente en sus escritos, igual que lo hizo siempre.

Pero ya no está con nosotros, y es nuestra generación de escritores la que tiene que decir aquello que él dejó en silencio.

Una declaración de Platónov, hecha de joven, puede servir de respuesta final a todos sus críticos:

Habláis de una gran belleza llena de virtud y de sus hijos que la conocen, la ven y la exaltan. Me colocáis en el grupo de sus detractores y difamadores, de hombres inadecuados e incapaces de verla, como si yo tuviera que abandonar el edificio de las Bellas Artes y no ensuciar las ropas bancas de la belleza. Allí no hay sitio para alguien tan sucio como yo. Muy bien. Llevo veinte años recorriendo esta tierra y no he encontrado la persona de la que habláis: la Belleza. Puede que esto haya ocurrido, porque vive fuera de la Tierra, y solamente algunos elegidos la han visto, pero no yo. Aunque creo que no es así; la razón de no haber encontrado la Belleza es que no existe como algo aparte, por sí sola. Es la propiedad de todos nosotros y también la mía. La Belleza es todos los días y las cosas que existen, y no algo elevado, intangible. ■ E. E.